

I.

Lucrecia de León había recorrido aquellos mismos lugares muchas veces en la vigilia, y algunas en sueños.

Cuando bajaba al río iba con paso rápido, pero cuidaba de apoyar bien los talones para no resbalar en las calvas arenosas de la pendiente ni tropezar en los hoyos cavados por el arrastre de las lluvias. Cuando subía a la ciudad llevaba el paso lento, el cuerpo encorvado para vencer la resistencia de la cuesta, y vigilaba también las irregularidades del suelo. A veces resbalaba, o se caía. Si lo estaba soñando, los resbalones derivaban en desplomes lentos como pequeños vuelos y las caídas hundían su cuerpo en una masa inaprensible y pegajosa, que traicionaba la apariencia sólida e impenetrable de la tierra.

Por aquella cuesta pasaba una senda, entre los huertos, las tapias y las chozas que marcaban los confines del arrabal y los inicios del monte, que se iba ondulando hasta desfigurarse en la lejanía.

En una pequeña explanada, ante un humilladero con una cruz, estaba la frontera entre el espacio de la ciudad, esbozado por los bultos del modesto caserío disperso, y el espacio silvestre, donde el oscuro verde de las hojas de las jaras y las encinas resaltaba contra el ocre pajizo de la tierra.

Allí solían los albéitares sangrar a las bestias enfermas, y al pie de la cruz, desde el suelo pelado que había empapado tanta sangre, manaba una poderosa exhalación de podredumbre, marcando la costra ancha y oscura de una herida siempre abierta en la tierra, en que pululaban entre zumbidos los grandes moscones azules y verdes y los tábanos de feroz mordedura.

Desde niña, en primavera y en otoño, Lucrecia había caminado por aquellos senderos abruptos, acompañando a su madre, para buscar cerca del río las hierbas y los frutos que luego ambas vendían puerta a puerta, con un sigilo que enseguida Lucrecia identificó, avergonzada, como actividad impropia de una familia que, aunque humilde, tenía como cabeza un solicitador de negocios de los banqueros de Génova.

Llevaba cada una un cesto de mimbre y en él iban guardando, según la estación, los espárragos trigueros, las violetas, los madroños, las moras, los boletos y también las hierbas que su madre conocía: la verdolaga para quitar la dentera, el romero para los sahumeros de las camas contra los hechizos, las adormideras para zumo, la verbena que se coge la mañana de San Juan, el tomillo salsero, el orégano, la hortelana y otras hierbas diferentes para las ensaladas.

Aunque a la ida seguían a veces el camino más corto, cruzando la Puerta de la Vega, a su regreso su madre prefería el rodeo por aquellas cuestas, que las alejaba de su barrio a la hora de ofrecer su mercancía y las ocultaba de la vista de los veedores y alguaciles. Y siempre procuraban volver con luz, para prevenir los ataques de ciertos merodeadores que a veces forzaban, y hasta llegaban a matar, a las mujeres que encontraban solas en el monte.

Después de descender hasta el río, a Lucrecia le gustaba sobre todo pasar a la otra orilla, más allá de los lavaderos de la ropa, en el punto en que la masa de la villa se alzaba frente a ella en lo alto, con una arracimada solidez de edificios que le hacía sentirse empequeñecida y ausente.

Ante ella, arriba, Madrid era un gran animal, ese dragón que amenazaba al caballero en los cuentos y al arcángel San Miguel en los relatos piadosos. Su cabeza era el Alcázar y las torres sus cuernos, y en sus tripas estaba el bullicio que ella desde allí no podía oír, los fuertes olores que no podía oler, pero que evocaba desde su imaginación

como si todo lo estuviese percibiendo de una manera directa y simultánea.

En las tripas, entre el paso rotundo y rápido de las caballerías y los carruajes, iban y venían clérigos y soldados, frailes pidiendo para las ánimas, sentenciados con la soga al cuello sobre el asno que los transportaba mansamente a los azotes del verdugo, pordioseros, niños que jugaban al abejón, jaques que hacían tiempo hasta la hora del naípe, mozos de cordel, penitentes, viejas ocultas bajo sus mantos oscuros.

En aquellas tripas estaban todas las voces que desde allí no podía oír y que cada día eran para ella la señal de sus carencias; las que anunciaban los buñuelos y las frutas de sartén, los peines y los cueros adobados, las aceitunas y el requesón, los brincos y joyeles que tan hermosamente adornaban las tocas ajenas, y también las que proclamaban la eficacia de píldoras y destilaciones medicinales.

Todo aquello llenaba de estrépito la panza de la bestia, pero ella estaba fuera. Y dejaba de repente de imaginar aquella animación del trajín callejero, para encontrarse ocupando el centro de un silencio que sólo alteraba algún ladrido, una voz a lo lejos.

La ciudad parecía dormida o muerta, con los extremos de sus murallas extendidos como zarpas inmóviles.

Allí estaba la bestia enorme, maciza; el cuerpo, con sus torreones cilíndricos y los voluminosos cubos de sus murallas, agazapado tras el inmenso Alcázar de su cabeza, que ostentaba en un extremo, como el mayor de todos sus cuernos, la torre moderna, la torre del Rey, la Torre Dorada, donde el sol hacía resplandecer las pequeñas esferas de oro sobre los hierros de los balcones y de las balaustradas y brillar como ojos los vidrios de las ventanas.

Lucrecia se quedaba quieta contemplando aquella torre e imaginando en qué lugar se encontraría el rey. A veces, al descubrir un torso de hombre asomado al exte-

rior, pensaba que era el suyo, que el rey estaba allí y la miraba a ella, y en su conciencia de pequeñez emergía una congoja contradictoria que la llenaba de un placer secreto.

Algunos días, aquellos momentos coincidían con la hora del ángelus, y llegaba hasta la vega el único sonido de la ciudad perceptible desde allí, el eco del repique de campanas que sonaba en tantos dispersos campanarios. En aquel sonido, que multiplicaba un tono parecido, Lucrecia creía escuchar una melodía de voces y no de metales, y mientras acompañaba con su voz la oración de su madre, en su interior el redoblar de las campanas suscitaba alguna de las letanías de los juegos, como la invocación para solicitar el augurio del cuclillo:

*Rey, rey, rey,
cuántos años viviré,
en la casa que compré.*

Pocos años después, cuando a Lucrecia le llegó por primera vez su flor y tuvo señales de mujer, había trabajado en el Alcázar durante unos meses, entre la servidumbre de doña Ana de Mendoza, aya del príncipe Felipe.

Entonces, cuando cada día atravesaba los patios del Alcázar, a la misma hora en que comenzaban a llegar a las covachuelas los más modestos oficiales de la Corona y los mercaderes y artesanos que ofrecían sus productos en el patio de la Reina, Lucrecia alzaba los ojos a las ventanas en una búsqueda rápida, para no perder la ocasión, casi nunca lograda, de ver en persona a aquel monarca tan temido y distante.

Lo encontró algunas veces, por casualidad. Una mientras atendía un mandado, tras equivocar los pasillos que debían conducirla a otras dependencias, cuando desembocó en una enorme sala en cuyos muros los huecos de las grandes ventanas se alternaban con las superficies luminosas

de los espejos y las imágenes multicolores de las pinturas. En el salón solamente había una persona y, aunque Lucrecia había visto al rey en muy pocas ocasiones, supo que era él.

Con las manos en la espalda, el rey contemplaba una pintura colocada sobre un gran caballete. Lucrecia se quedó quieta, sin saber qué hacer. El rey se volvió lentamente y dirigió sus ojos hacia ella, y Lucrecia sintió que la mirada del rey la atravesaba, como si su cuerpo estuviese hecho de la misma transparencia del aire o del agua.

Consciente de su pequeñez, Lucrecia paladeó una desesperanza mansa, casi gustosa, que sabía igual que la que suscitaba en ella la vista desde el río de aquel enorme cuerpo de la ciudad, fabricado en su parte más noble con grandes y hermosos edificios llenos de riquezas, habitados por gentes de orgullosos linajes a cuya gloria siempre serían ajenas las gentes como ella.

Hizo por fin una desmañada reverencia y retrocedió hasta la puerta, pero, antes de que se hubiese vuelto, ya la mirada del rey había regresado al punto de su atención inicial y el incidente no parecía haberle molestado más que el vuelo de las moscas que giraban en la penumbra de la sala.

En una ocasión en que el príncipe estaba enfermo y le subió mucho la calentura, el rey fue a sus habitaciones. Cuando salió, el aya y varias doncellas que estaban allí lo despidieron con una reverencia, pero Su Majestad se detuvo y ordenó que se alzasen.

—Me complace conocer que cuidáis bien del príncipe mi hijo. Sabed que yo lo agradezco y que sabré premiároslo en su día.

Las miró brevemente a todas, y a Lucrecia le pareció encontrar en sus ojos un minúsculo guiño de reconocimiento, como una mirada nueva que desmintiese a propósito la mirada distraída y distante que, en el encuentro inesperado de la sala de los espejos, había deslizado sobre ella con tanta indiferencia.

Aquel saludo del rey fue para el aya y sus criadas un notable galardón y se dijo que Su Majestad les iba a hacer merced a todas cuando se casasen, pero hubo otra ocasión de enfermedad del príncipe, y dos o tres más en las que el rey se encontró con ellas, y ya nunca volvió a saludarlas, y pasaba siempre a su lado sin detenerse, con gesto de adusta lejanía.

En casa de Lucrecia no querían bien al rey. Desde que, varios años antes, había suspendido de su cargo al secretario Antonio Pérez, muchos asuntos habían empezado a complicarse, retrasando el cumplimiento de bastantes negocios. Aquello había perjudicado gravemente a quienes, como el padre de Lucrecia, vivían de ser los más modestos mediadores en las intrigas y trámites de los intereses de los poderosos y estaban vinculados con asuntos en que intervenían los banqueros genoveses, amigos del antiguo secretario.

En su casa se murmuraba del rey, de la manera como dilapidaba fortunas en sus caprichosas construcciones y se empeñaba en las infinitas guerras que sangraban al país, mientras toleraba impávido la corrupción y las trapacerías de sus ministros y de aquellos cientos de cargos que llenaban la ciudad de ostentación y derroche.

Murmuraban del rey encerrado en sus aposentos para firmar innumerables papeles, embebido en los placeres de sus jardines y cazaderos o en el disfrute de sus tesoros y la adoración de sus reliquias, mientras pululaban en las calles tantos lisiados de las obras de El Escorial, tantos labriegos sin tierra, tantos esclavos viejos a los que se había liberado por no darles de comer, y chiquillos sin padre, y muchachas que debían vender su cuerpo para sobrevivir o que, pregonadas por los tratantes y corredores, se ofrecían para el servicio de las casas por la mera ración.

Lucrecia escuchaba maldecir a su padre y sentía contra el rey una indignación singular, como si aquellos

males cuya naturaleza y significado no era capaz de entender en todos sus extremos fuesen la prueba de un maltrato que estaba principalmente dedicado a ella. Y en aquella incertidumbre que había sentido desde niña al evocar su figura y, cuando fue moza, al saberse invisible a su mirada altiva, el rey fue adquiriendo un papel cada vez más importante dentro de sus sueños.

Pero Lucrecia había empezado a soñar mucho antes. Ella no recordaba cuándo comenzó a manifestarse aquel extraño don suyo y creía lo que decía su madre, que los sueños habían comenzado con el uso de razón. Lo cierto era que, desde niña, soñaba el cumplimiento futuro de determinados hechos y sucesos.

En uno de los primeros sueños que había tenido, mucho antes de entrar en el Alcázar, Lucrecia vio la alcoba de la reina doña Ana y en una cuna a un varón recién nacido que debía de ser el sucesor del rey, y se lo contó a sus padres arriesgándose a un castigo, pues su padre se había mostrado furioso desde que la niña había empezado a tener sus sueños extraños, temiendo que viniesen a ser ocasión de que la familia acabase en manos del Santo Oficio. Mas a Lucrecia le resultaba difícil callar lo que soñaba, como si una parte inseparable del don que se le había concedido de tener aquellos sueños fuese, precisamente, el darlos a conocer.

Otro sueño que había tenido poco después estaba presidido por el barullo de una mojiganga y su escenario era una calle de la ciudad. En lo alto de una carroza iba el caballero Carnaval rodeado de mujeres gesticulantes y gritadoras, con la cara y los brazos pintados de rojo, que arrojaban a los hombres vejigas y cáscaras llenas de grasa y salvado. De pronto, el caballero Carnaval resultaba ser la tapa de un ataúd. Y cuando la mirada de Lucrecia voló sobre la carroza, con la capacidad de moverse con rapidez extraordinaria y hasta de remontar obstáculos que le concedían los sueños, descubrió en lo alto el ataúd al que la

tapa pertenecía y, dentro, un cuerpo muerto, y vio entonces con claridad que el cuerpo muerto era el de la mujer del carpintero que vivía en la casa de al lado y que a veces la acariciaba y festejaba, ponderando la belleza de sus ojos y de su pelo, y que en algunas ocasiones le regalaba algún pedazo de bizcocho o de turrón.

Sin poderlo remediar, Lucrecia dio a sus padres noticia del sueño. Ellos la exhortaron severamente a olvidarlo, pero a los quince días murió aquella mujer de una apoplejía y, al regresar del entierro, su padre hizo que su madre alzase las faldas de Lucrecia y la sujetase, y con un vergajo golpeó sus nalgas desnudas hasta que saltó la sangre, ante la mirada horrorizada de sus hermanos, que, como ella, lloraban a gritos.

—Yo te enseñaré lo que valen tus sueños —exclamaba con rencor su padre, a cada golpe que le daba.

Sin embargo, Lucrecia no podía dejar de soñar. Ana Ordóñez habló con el cura de la parroquia y éste le dijo que pidiesen a Dios que le quitase los sueños, pero los rezos diarios y las devociones de la madre y de la hija no tuvieron la respuesta que pretendían y los sueños no dejaron de acosar a la muchacha. Y aunque por lo general presentaban las imágenes de sucesos inteligibles, a veces parecían el anuncio de horrores, cataclismos y mortandades que no acababan de quedar fijos en una imagen concreta, pero en los que resonaba un trasfondo temeroso, gemidos de muchedumbres, estrépitos de armas en oscuros parajes o relumbres de incendios gigantescos.

Un año después de haber vaticinado la muerte de la vecina, Lucrecia soñó que entraba otra vez en el Alcázar, en los aposentos de la reina doña Ana. Los aposentos estaban vacíos, pero, por la gran facilidad con que se metamorfoseaban los escenarios de sus sueños, se convertían de repente en una calle por la que avanzaba una procesión con innumerables hachones encendidos, tras un tronco de mulas enjaezadas de negro que arrastraba un gran catafal-

co, mientras en torno camareras y damas y soldados, cortesanos y eclesiásticos y enanas, ministros y hombres de placer lloraban con desconsuelo.

La calle volvía a ser el aposento que había aparecido al inicio del sueño y, asomado a un balcón de la torre, el rey, silencioso, miraba a lo lejos, los ojos fijos en una pequeña figura que andaba por la ribera del río y que resultaba ser la propia Lucrecia, presente en ambos lugares a la vez, que contemplaba inmóvil al rey que la miraba.

Entonces Lucrecia subía las cuestas del Alcázar, llegaba hasta la verja que cerraba la huerta y, metiendo su cabeza entre dos barrotes, le gritaba al rey que la reina doña Ana estaba muerta, y su grito retumbaba con la desmesura de un tiro de cañón contra las murallas y asustaba a un bando de urracas, que alzaba el vuelo entre fuertes graznidos.

Aquella vez su padre no esperó a conocer si el sueño encerraba algún vaticinio certero y, agarrando nuevamente el vergajo, con los nudos todavía sucios de la sangre de la azotaina anterior, abrió otra vez a golpes la piel de su hija, en un castigo ejemplar que hacía llorar de terror a los pequeños.

La reina murió súbitamente en Badajoz y el padre de Lucrecia sintió aquella muerte como una señal infausta destinada a su propia casa. Ana Ordóñez habló de nuevo con el párroco de San Sebastián en busca de alguna ayuda, sin encontrar otra respuesta que la reiterada recomendación de rezar mucho y acrecentar las devociones a las vírgenes y a los santos.

Así, los sueños habían continuado, y con ellos los castigos. Sólo interrumpían las palizas las ausencias del padre, a quien sus negocios solían entretener largas temporadas en la chancillería de Valladolid. Y aunque aquellas ausencias hacían más difícil la supervivencia de la familia, Lucrecia se veía libre de los furiosos castigos.

Durante aquellos alejamientos, la madre de Lucrecia tenía que inventar alguna industria con que allegar dineros que completasen las escasas cantidades que su marido le dejaba para la subsistencia familiar, y entonces era cuando Lucrecia y ella recolectaban las hierbas y los frutos silvestres que ofrecían puerta a puerta. También entonces, como furtivas regatonas, revendían telas y gorgueras compradas de las manos de casuales vendedores callejeros.

Fue en uno de aquellos enredos cuando Lucrecia se descubrió a sí misma por primera vez como algo valioso, que debía tener alguna calidad diferente de la que le daba aquella atadura intangible a la familia que le hacía sentirse obligada a asumir con docilidad los castigos paternos.

En aquella ocasión no se trataba de bajar a la ribera del Manzanares en busca de hongos o hierbas, ni de buscar uno de los apartados ofertadores de paños que, con tanto disimulo, a escondidas de los veedores, vendían su mercancía a modestos mercaderes y gentes como ellas, sino de acudir a una cita de la que su madre le habló con mucho misterio, en la regocijada seguridad de conseguir buen dinero.

—Lucrecia, hija —le advirtió su madre antes de salir—, quiero que sepas que el negocio de esta noche es un secreto que ha de quedar entre tú y yo, y que no debes contárselo a nadie.

La actitud reservada y enigmática de Ana Ordóñez le daba al desconocido negocio un aire prohibido que hizo que Lucrecia sintiese un escalofrío.

—¿Tampoco al confesor?

Ana Ordóñez frunció los labios con mueca de disgusto.

—En este negocio no hay pecado alguno, de modo que el confesor no tiene por qué conocerlo. Vamos, y chitón.

Era de noche y los pequeños estaban ya dormidos. Lucrecia y su madre, tapadas y sin ayuda de luz, se diri-

gieron cautelosas a una casa que no estaba muy lejos de la suya, al otro lado del monasterio de La Magdalena.

Lucrecia había visto alguna vez un lugar como aquél, la estancia de trabajo de un pintor, con el olor de los aceites y los pigmentos y el gran bastidor sobre el que reposaba el lienzo en que el pintor iba haciendo aparecer las imágenes de su pintura.

El pintor era un hombre alto, de gran bigote. La noche estaba fresca, pero en aquel lugar no hacía frío, pues en mitad del pavimento estaban encendidos dos grandes braseros. La madre de Lucrecia y el pintor no hablaron, pero Ana Ordóñez le dijo a Lucrecia que se desnudase, mientras ella misma ayudaba a su hija a quitarse la ropa. La orden estaba tan alejada de la costumbre y exaltación habitual del recato, que Lucrecia se extrañó mucho.

—¿Del todo? —preguntó Lucrecia.

Su madre afirmó con la cabeza y, cuando terminó de desnudarla, miró al pintor, que señaló sin hablar una tarima. Lucrecia se subió a ella y se quedó quieta, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo.

—Es linda la doncellita —exclamó el pintor.

En el tono de su voz encontró Lucrecia una aspezeza extraña, un modo de lisonja que parecía llevar oculta una misteriosa ferocidad, muy alejada de las alabanzas que de su belleza hacían las vecinas y familiares. El pintor se acercó a ella y le indicó la postura que tenía que adoptar, añadiendo que no debía moverse.

Lucrecia recibía con gusto el cálido reverbero de los braseros en sus costados. Escuchó la voz de su madre que, en un murmullo, le preguntaba si no sentía vergüenza, y de nuevo percibió la rareza de lo desusado de aquellas palabras y de la propia situación.

Mientras mantenía la postura que el pintor le había indicado, miró entonces su propio cuerpo desnudo, las tetas que apenas sobresalían como dos bultos picudos, el pubis adornado por algunos pelos incipientes, y com-

prendió que aquel cuerpo suyo, motivo de su secreta caminata y asunto fundamental del júbilo materno por los dineros que aquella noche iban a ganar, era también el centro de atención de la mirada escrutadora del hombre del gran bigote.

Y aunque sabía de sobra que todavía era una niña, pues no le había llegado aún la señal de crecimiento que su madre y las vecinas esperaban, se encontró ya mayor y diferente, como si su desnudez ante los ojos insistentes de aquel hombre hubiese marcado el cumplimiento de una etapa ya vencida de su vida.